

no pudiendo dominar por completo su curiosidad.

— Porque esas cajas van á Londres, amiga mía.

— ¡Demonio! — exclamó un obrero levantando con gran trabajo un bulto poco voluminoso — ¡Demonio, ni que fuera plomo!

— Pues no es más que agua, — replicó el jardinero.

— Agua del Tavaria. Parece que es un remedio eficaz contra los reumatismos que procuran las brumas del Tâmesis.

— Y ese tonel, mi amo, ¿es de aguardiente?

— No, amigo mío, está lleno de oro.

— Eso no apaga la sed.

— ¿De oro? — repitió la vieja maravillada.

— De oro inglés, mujer, ó cosa por el estilo; porque no creo que los señores de Londres se resistan á comprar tan buen remedio... En fin, por ahora no es más que agua.

VII

UN NUEVO PADRE

Allí había alquilado un piso pequeño en la Avenida Malakoff, cerca del Bosque de Bolonia, en el cual piso, y durante unos ocho meses, el viejo Akmet no hizo más que muy raras y cortas apariciones.

Andaba siempre de Ceca en Meca, unas veces en tren, otras embarcado y no pocas en coche. Y ¡cosa extraña! aunque estaba tan pobremente vestido como antes era saludado con profundo respeto y gran reverencia en Berlín, en Londres y en Viena, capitales á las que llegaba casi semanalmente acompañando un convoy de cajas embarcadas en Córcega, y de las que salía poco después sin otro bagaje que una maleta pequeña, el contenido de la cual depositaba luego en las cavas del Banco de Francia, en una caja por él alquilada con tal objeto.

Por fin, como todo llega, llegó también el término de sus peregrinaciones. Estas cesaron el día en que desembarcó todo el mobiliario, tomado en Sartène, mobiliario que adornara en tiempos el que fué cuarto de Ricardo Sabielo. Nada había dejado allí, ni el péndulo monumental, ni el mueble turco que fracturara Enrique. Habíasele metido en la cabeza al hombre que aquellas reliquias habían de servirle en plazo más ó menos remoto.

Durante todo el tiempo que durara la ausencia de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.M.

Akmet, Ali, que no tenía aún en París enfermos á quienes hacer visitas ni tampoco jardín que cultivar, se dedicó, para ocupar en algo su actividad desbordante, á servir de profesor á las dos huérfanas, lo mismo que lo hiciera antes en Córcega; y cumpliendo una palabra empeñada enseñó á Edmée la gimnasia, reduciéndola á los ejercicios pírricos y á las pesas de hierro á falta de otros instrumentos y aparatos.

Los días en que el tiempo se prestaba á ello el joven las llevaba de paseo, bien al Bosque de Bolonia, bien á través las calles de París. Este último era el paseo favorito de Ali y de Amy, quienes gracias á sus caminatas aprendían á conocer la inmensa ciudad; pero no así de Edmée, que siempre inquieta, é irritable siempre, parecía desafiar con la mirada á los transeúntes que se permitían sonreír al verlas más de una vez en compañía de su bigotuda institutriz. Edmée no encontraba nada tan hermoso ni á gusto suyo como el Bosque de Bolonia.

En él sabía descubrir, en ciertos sitios poco frecuentados, algún arbusto de poca elevación en el que se entretenía en hacer ejercicios gimnásticos sin preocuparse de los inquietantes vuelos de sus faldas, mientras que Amy y su joven profesor repasaban alguna lección de historia ó geografía.

Ali había llegado á la edad de hombre completamente ignorante de los placeres de que otros jóvenes están ya hartos á los veinte años. Virgen de cuerpo como de corazón, era natural que, no obstante la juventud de Amy, se abandonase sin resistencia á la dulzura de los largos coloquios sostenidos con su compañera y protegida, coloquios tanto más gratos para él cuanto que la niña era en verdad inteligente y de elevados sentimientos.

Hablábale pues con frecuencia de Ricardo Sabielo, de la bondad de sus sentimientos, de Malaquea y de Argel, patria de la misma.

En tales momentos la voz del joven encontraba suaves y gratas tonalidades para cantar los recuerdos de su infancia y las bellezas del país del sol.

Y he aquí que sin saber cómo, sólo con oírle y sin que se diera exacta cuenta de la naturaleza de sus nuevos sentimientos, Amy comprendía que su corazón palpitaba

apresuradamente oyendo el musical lenguaje de Ali; más aún: éste se le antojaba guapo, cosa en la que hasta entonces no hubo de reparar, y aun sentíase celosa si hablando del difunto Sabielo asomaba una lágrima de gratitud á los ojos del protegido de su padre.

Ni uno ni otro razonaban en verdad sus sentimientos; ni él ni ella habían aún sospechado la presencia entre ambos del malicioso dios Amor, y sin embargo, allí estaba él, asaeteándolos de continuo y ocupando, para entregarse á esta tarea, el sitio desertado por la traviesa Edmée.

¿Qué había de hacer el joven? Abandonarse inconscientemente á la embriaguez de sus inclinaciones con todo el fuego de una primera impresión amorosa tanto más dulce cuanto menos gustada. Y en cuanto á Amy, precoz, como todas las de su raza, bajo el punto de vista físico, pero tan inocente bajo el punto de vista moral como el día en que naciera, no realizaba esfuerzo alguno para oponerse á la corriente que por ley fatal les habría arrastrado al uno y al otro de no producirse en aquel crítico momento la vuelta definitiva del viejo Akmet y la inesperada llegada de un amigo que debía ejercer, en la existencia futura de las dos huérfanas, influencia considerable.

Al día siguiente de aquel en que el antiguo jardinero se instaló en el piso, un coche en cuyas portezuelas aparecía pintado un escudo señorial detúvose á la puerta de la casa y un lacayo que ostentaba lujosa librea subió á preguntar si el señor marqués Trogoff de Kerbiroet podía ofrecer sus respetos al señor Akmet.

¿Qué asombro tan enorme el que esta pregunta y el traje del lacayo produjeron en el ánimo de la madre de Ali, que fué precisamente quien abrió la puerta.

— Seguramente... cómo no... el señor marqués... Tanto honor... es un placer...

Y la pobre mujer no sabía cómo salir del paso ni qué contestar en definitiva á aquel lacayo que, bien enseñado, no se permitió ni una sonrisa.

Afortunadamente Ali había oído algo y llegó en socorro de su madre.

— Si el marqués quiere tomarse la molestia de subir

— dijo — mi padre tendrá sumo gusto en recibirlo.

— ¡Pues no faltaba más! Que suba, que suba; — añadió á su vez el ex-jardinero que llegaba tras Ali.

Y cuando se hubo retirado el lacayo, explicó, como contestando á la muda interrogación de su mujer y de su hijo:

— Es un conocido de viaje.

Así era en efecto. Pero el buen hombre, modesto por naturaleza, no creyó oportuno referir en qué circunstancias había hecho conocimiento con un gentilhomme que parecía muy rico y que sin embargo se molestaba en ir á verle.

La cosa había ocurrido dos meses antes. El tren en que Akmet regresaba de Marsella, chocó con uno de mercancías, sin que aquél sufriera grandes desperfectos. Solo un vagón de primera quedó tan mal parado entre las dos locomotoras volcadas que nadie se atrevía á acudir en socorro del único viajero que lo ocupaba y del que solo se veían los brazos, que agitaba desesperadamente en demanda de socorro.

El viejo Akmet quiso sacar á aquel hombre de su apurada situación. Todo el mundo le gritaba: ¡No vaya usted, no se acerque! ¡Las calderas van á estallar! Inútiles exhortaciones. Sin escuchar otra voz que la de su altruismo, Akmet se armó de una barra de hierro, sirvióse de ella luego de encaramarse por el costado escurridizo de una de las máquinas volcadas, y poco después él y el herido se abrigaban tras el talud de la vía, en el preciso momento en que, faltas de agua, estallaban las calderas con ruido siniestro y ensordecedor.

El hombre cuya vida salvara Akmet con peligro de su propia existencia era el viejo marqués Trogoff de Kerbiroet.

Apenas repuesto del susto, el gentilhomme, cuyas heridas no eran graves, quiso conocer el nombre de su salvador, y ya instalados ambos en un departamento de otro tren, insistió en su deseo de conocer cuáles eran la posición y la fortuna de Akmet. Esto se mostraba de ordinario poco comunicativo; pero en aquella ocasión hubo de sentir la necesidad de expansionarse un poco, y animado por la leal y franca expresión de su obligado,

que le inspiraba gran confianza, habló largo y tendido y contó con detalles su existencia y lo relativo á la de las dos huérfanas sus protegidas.

— Tiene usted un corazón de oro, — había dicho el marqués; — pero si los medios con que usted cuenta son limitados, y perdóneme esta indiscreción, esas niñas, hijas de su difunto amo, deben ser para usted una carga pesada.

— Algo hay de eso, — se apresuró á contestar Akmet, siempre dispuesto á declararse pobre, especialmente desde que tenía necesidad de apelar al tesoro.

Y como el tren llegaba ya á su destino el marqués había añadido:

— Supongo que me permitirá usted que le haga una visita. Tendré mucho gusto en conocer á sus pupilas y en que reanudemos esta conversación.

Había pasado algún tiempo, dos meses ya, y Akmet tenía casi olvidado el incidente, sin que le extrañara no ver al marqués por constarle que son pocas las personas que conservan el recuerdo del bien que se les hace. Y he aquí que de pronto le anuncian la visita del marqués. Su alegría fué grande, y más lo hubiera sido á haber podido prever en aquel momento que, por rara que sea la gratitud, es posible encontrar un hombre capaz de sentirla, y que el marqués debía llevar la suya hasta el punto de imitarle á él, á Akmet.

En efecto, el viejo prócer no se limitó á una sencilla visita.

Como era muy rico, y en caso necesario sabía hablar como lo que era, como un gran señor, pronto se impuso al jardinero y le obligó á aceptar una institutriz, con carácter permanente, para las huérfanas.

Gracias á la constante amistad del gentilhomme bretón, que los trataba como si fueran sus iguales, los antiguos jardineros vivieron tres ó cuatro años felices.

En la época en que las dos gemelas cumplieron los quince años, Ali, que se aislaba en el estudio desde que lo remplazara la institutriz y que desde lejos contemplaba á Amy con adoración de esclavo asustado de su audacia de levantar la vista demasiado alto, hubo de decir á su padre:

— Las hijas de nuestro bienhechor se hacen mujeres y aun no está vengada su madre.

— Es cierto, — respondió el viejo. — Tardar aún más sería exponernos á resultar cómplices de los nuevos crímenes de Enrique.

En realidad, hijo mío, ignoro en absoluto en qué parte del mundo prosigue ahora ese hombre su monstruosa obra de odio; trabajo te costará sin duda el dar con él, ya lo sé, pero también sé que tú eres el único capaz de desenmascararle, de confundirle y, en caso necesario, de castigarle.

Si tus recuerdos de colegio no son bastante para hacértelo recordar, ten presente lo que voy á decirte: nadie más que él puede ostentar, en medio de la frente, la cicatriz de una mordedura profunda hecha por una boca humana.

No hubo más. Esta fué la despedida, terminada la cual y habiendo abrazado á todos cuantos le eran queridos, partió el bravo joven para dar la vuelta al mundo en busca del asesino.

Presente está aún en todas las memorias el recuerdo de la epidemia colérica importada por los ingleses en 1886, epidemia que causó en París numerosas víctimas. Entre las primeras producidas por la terrible plaga contáronse en aquel entonces los dos esposos Akmet.

No era extraño. Ella, la pobre vieja acostumbrada á la vida del campo, habíase vuelto anémica desde su llegada á París; y el jardinero por su parte víctima de una enfermedad nerviosa que le causara la constante inquietud en que vivía desde la separación de su hijo, era, como su mujer, candidato obligado á cualquier enfermedad infecciosa. Tres días bastaron para que desapareciera la vieja sin tener el supremo consuelo de abrazar á las huérfanas, que el marqués se llevara consigo para preservarlas de la invasión. Y Akmet, que atacado á su vez sentíase morir, juzgando su estado desesperado, se decidió á hablar, con la esperanza de que otro terminaría la obra de reparación por él comenzada.

Un día en que el marqués Trogoff de Kerbiroet hubo de llevarle con su presencia los consuelos de la amistad,

confióse á él en absoluto, y completó el relato comenzado en un vagón después del acto de heroísmo al que el caballero bretón debía la vida.

Si Akmet estuvo bien ó mal inspirado al confiar el secreto del tesoro de la Misericordia á alguien que no era precisamente su legítimo propietario, cosa es que sabremos por el relato de sucesos posteriores, como también podremos deducir de ese relato si la confidencia del jardinero fué ó no perjudicial á las hijas de su antiguo amo.

Por el pronto bástenos con decir que el gentilhombre hubo de prestar un juramento, y que después de oirlo, y no obstante lo mucho que sufría, exhaló el moribundo el último suspiro con una sonrisa de satisfacción entre los labios.

En la mañana del siguiente día unos cuantos obreros, vigilados por el marqués en persona transportaron al hotel de éste el mueble turco y con él todo cuanto formara el mobiliario del cuarto en que muriera algunos años antes Ricardo Sabielo.

Y ya definitivamente instaladas en el hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia, las dos huérfanas quedaron reconocidas como hijas adoptivas del marqués con los nombres de Amy y Edmée « Trogoff de Kerbiroet. »

VIII

LO QUE HABÍA SIDO DE ENRIQUE

Si todos los esfuerzos realizados por la justicia para descubrir al asesino de Malaquea Sabielo no dieron otro resultado que el de archivar el asunto, fué sencillamente porque las circunstancias favorecieron al culpable, quien gracias á ellas pudo ponerse al abrigo de las persecuciones de que era objeto.

En efecto, durante el primer día de navegación una fresca brisa del sudoeste empujó al *Buenamar*, que era buen velero, y que avanzó á todo trapo alejándose cada vez más de las costas de Córcega.

Pero he aquí que al anoche, cuando se encontraba á la altura del cabo Palazzo, y después de una calma que duró apenas un cuarto de hora, saltó el viento brusca-mente al nordeste, y poco después soplaba huracanado con desagradable acompañamiento de torbellinos de nieve.

El capitán Malatierra era un buen marino. Previó sin duda aquel cambio brusco y ordenó reducir el velamen durante el momento de calma; de no hacerlo así el barco habría peligrado seriamente, al estrellarse contra la tela, en lo alto de la arboladura, el huracán que llegaba del nordeste.

Hubo sin embargo de luchar el brick-barca contra los

elementos : momentáneamente estuvo en peligro varias veces, pues Malatierra se obstinaba en conservar el rumbo temeroso de una segura depreciación de la carga en caso de llegar tarde á su destino ; pero al fin y al cabo no tuvo más remedio que rendirse á la evidencia, resignarse, capear un momento el temporal, y huir en fin ante el viento.

Durante veinticuatro horas sopló constantemente el huracán, contra la fuerza del cual no había defensa alguna. Hubiérase dicho á veces que el viento tenía como intenciones de amainar; pero en realidad tomaba sin duda alientos para seguir soplando con más fuerza.

Dos días después, al anoche, y en el momento en que el capitán se desesperaba por la pérdida del rumbo, un golpe terrible, como el de una sacudida, lo derribó de espaldas sobre el puente, mientras se dejaba oír siniestro crujido al que siguió la caída de los palos, el borboteo del agua, y la explosión del cuartal, expulsado de sus ranuras por el aire comprimido en la escotilla...

El *Buenamar* había acabado sus viajes. Acababa de abrirse como una granada al chocar contra una roca situada á menos de una milla de la costa de Cabrera, una de las islas Baleares.

Por la vía de agua abierta en uno de los costados del buque anegábase este con rapidez vertiginosa. Sin embargo, como la roca serviale de punto de apoyo, como la cumbre de una montaña sirvió de sostén al arca de Noé, la vida de los tripulantes y pasajeros no corrió peligro ni un momento siquiera, y todos desembarcaron sanos y salvos en la mañana del siguiente día. Los dos Bozzo tuvieron la suerte de encontrar un hombre caritativo que les cedió una cama en la que acostaron á Enrique á quien la fiebre cerebral tenía en constante delirio desde el momento en que comenzara la tormenta.

Durante mucho tiempo, unos meses, Francisco y Constante, que no sabían quién era el autor de aquella herida de su hermano de leche á la que ellos atribuían la fiebre que dominaba á Enrique, cuidaron á éste con abnegación y solicitud sin igual, y para que nadie oyese las divagaciones del enfermo en cuanto éste comenzaba

á delirar poníanse ellos á hablar en alta voz, resultando de esto que ellos mismos se colocaban en la imposibilidad de oír lo que el enfermo decía inconscientemente creyendo revivir la escena del crimen.

Es Cabrera una isla pequeñísima, habitada por gente pobre, pescadores en su mayoría. Allí los periódicos eran casi completamente desconocidos en la época á que nos referimos, y los desgraciados insulares desdeñando saber lo que pudiera ocurrir en el resto del mundo, del que se hallaban separados, preocupábanse única y exclusivamente de proveer á sus propias necesidades. Esto explica porqué hubo de permanecer ignorado el refugio de Enrique no obstante los artículos publicados en los periódicos franceses y las diligencias practicadas por las autoridades para dar con él.

Enrique debía su salvación á la tempestad; su naufragio en la isla Cabrera no era una desgracia, sino todo lo contrario, una suerte providencial, porque en cualquier otro punto de la costa del Mediterráneo al que el mar lo hubiese arrojado habría sido inmediatamente reconocido y puesto en manos de las autoridades.

Cuatro meses pasó en la humilde casa del pescador balear. Repuesto al fin, y muy cambiado físicamente, pues su barba y cabellos, muy crecidos durante la enfermedad, le daban un aspecto bien diferente del que tuviera hasta entonces, embarcó con sus hermanos en un bergantín que poco después largaba el ancla en la desembocadura del Ebro.

Aun cuando no era precisamente rico, Enrique poseía entonces bastante dinero, fruto de su rapacidad en la casa de Sabiello, y pensó formalmente en utilizarlo y en hacer fortuna por medios lícitos é irreprochables. No es que los prolongados sufrimientos que acababa de experimentar hubiesen cambiado su manera de ser; pero sí que hubieron de dormir por algún tiempo sus feroces ideas de venganza contra la humanidad en general y contra las mujeres en particular á las que hacía responsables de su nacimiento bastardo, de su excepcional posición en el mundo, y solidariamente, de las malas acciones que se veía compelido á cometer.

Realizó pues varias tentativas para ganarse honrada-

mente la vida y nada consiguió; la suerte parecía haberle vuelto la espalda.

Agotados sus recursos, registró un día maquinalmente los bolsillos de la chaqueta que vestía la noche del crimen, y de uno de ellos retiró una cartera cuya presencia en él hubo de maravillarle, pues no recordaba haber visto nunca tal objeto.

La examinó un momento y la abrió enseguida febrilmente.

Empezaba á recordar.

Sí, aquella cartera fué la primera cosa tomada por él de los estantes del mueble secreto de su padre.

Tal vez iba á encontrar en ella algunos billetes de banco que le permitirían continuar su género de vida. Pero su decepción fué grande.

Todo cuánto contenía la cartera era un largo pedazo de pergamino, plegado en varios dobleces, en el que aparecían trazadas las líneas de un plano.

El primer impulso de Enrique fué para lanzar al fuego aquel pergamino, inútil y sin valor.

No había hecho más que tirarlo cuando se inclinó, para recogerlo rápidamente.

Había visto en un segundo cómo al calor del fuego aparecían en el plano ciertos caracteres que antes no viera en él.

Aquellas nuevas líneas, trazadas con esa composición química que se llama tinta simpática, cambiaban por completo el aspecto del plano que Enrique estuviera á punto de destruir.

— ¡Buena la iba á hacer! — murmuró teniendo entre sus manos el plano cerca del fuego. — Eso que aparece ahí es la chimenea de casa, la de papá Bozzo...

En el plano figuraban tan sólo cuatro palabras escritas. En uno de los extremos, estas dos: Entrada norte; y en el otro: Entrada sud.

Estas dos últimas eran las que habían llamado la atención de Enrique. Las líneas de tinta simpática dibujaban la campana de una gran chimenea en el fondo de la cual veíase una plancha de hierro con un escudo señorial grabado en ella.

— Sí, sí... no hay duda posible... La chimenea es la

de casa; — repetía Enrique, cuya cara aparecía amaratada por efecto del calor del fuego y de la emoción que le dominaba. — Esa debe ser, como si lo viera, la entrada del tesoro que yo tuve ocasión de entrever cuando era pequeño... Pero ¿por qué negaba él su existencia? Si no es para ocultar una fortuna, ¿para qué sirven esas salas y esas galerías subterráneas?... Además, yo he visto algo... Ya ha pasado tiempo desde entonces, pero recuerdo haber visto montones de metal amarillo y ríos de piedras de distintos colores.... ¿Donde estará la otra entrada?...

De pronto el rostro de Enrique, no obstante hallarse sobre el fuego, palideció intensamente.

Acababa de reconocer en la entrada norte, indicada con todos sus detalles y con igual limpieza que la chimenea de la posada, el mueble turco, del interior del cual sacara aquel mismo plano que tenía entre sus dedos.

— ¡Maldición! — exclamó. — He llamado á las dos puertas sin abrir ninguna de ellas... No hay más remedio; aunque me exponga á que me prendan, iré otra vez á Córcega... ¡Vaya si iré!

En efecto, un vapor de escaso tonelaje, anclaba pocos días después al abrigo de la caleta de Campo-More.

A su bordo iban los tres hermanos.

Bien entrada ya la noche, Enrique, solo, bajó á tierra. Temeroso de la publicidad de sus actos, y deseando que sus hermanos ignorasen dónde se hallaba la capilla dedicada al dios del oro en el caso de que él mismo pudiese llegar hasta ella, había prohibido á Constante y á Francisco que le siguieran.

Mediaba ya la noche cuando llegó á la puerta de la posada-carnicería, de la que saliera trece años antes plebataria mente de hermosos proyectos para lo porvenir y creyéndose entonces incapaz de cometer voluntariamente un crimen.

Creía recordar que la puerta de la posada no ofrecía gran resistencia. Así era en efecto; le bastó un ligero esfuerzo para abrirla por sí solo, pues habíase propuesto no llamar, temeroso de ser visto ú oído por alguien que no fuese de la posada.

¿Quién habria en esta? ¿Vivirían aún los Bozzo?

Estas preguntas se hacía Enrique recorriendo con cierta emoción la sala baja que parecía abandonada.

Su emoción fué pasajera, y la pena que creía sentir interesada, porque añadió casi enseguida:

— ¡Qué lástima! De vivir él habría podido decirme cómo se abre la plancha de hierro... Ese maldito plan no da ningún detalle...

Decidido á no perder el tiempo y sabedor de lo bien incrustada que parecía estar la plancha, armóse de un pico que abandonado viera en un rincón y atacó resueltamente la pared de ladrillo que formaba el fondo de la chimenea con la plancha de hierro en el centro.

Al amanecer abandonó la tarea.

Continuar más tiempo en aquel sitio era exponerse á perder la cabeza.

Tomó pues de nuevo el camino de la punta de Campo-More, murmurando:

— Volveré!

Aquel mismo día, el jardinero Akmet, muy extrañado, y aun más alarmado por el descubrimiento que hiciera en la antigua posada de los Bozzo, decidióse, como ya hemos visto, á trasladarse á París con toda su familia.

Como el hombre propone y los acontecimientos disponen, aun cuando Enrique se había prometido volver á la posada de su padre adoptivo para proseguir su trabajo en busca de la entrada del subterráneo, una verdadera casualidad fué causa de que pasara algún tiempo antes de que le fuera posible realizar su propósito.

Hallándose en el puerto de Marsella tuvo ocasión de oír una conversación que le sugirió la idea de trasladarse á Bretaña donde en una posesión muy retirada vivía con su hija única una dama muy conocida en aquella región, y muy considerada por su fortuna y caritativos sentimientos.

Gracias á un nombre supuesto, Enrique se introdujo sin dificultad en el domicilio de la caritativa señora bretona, y un mes más tarde la vizcondesa de Aubinesco se veía obligada á recoger en su casa de París á su sobrina Ivona de Eparville, cuya madre, la rica y generosa dama de Bretaña, había sido asesinada y despojada de

cuanto de valor tenía en su casa por uno ó varios criminales que no pudieron ser habidos.

Este segundo asesinato de mujer inauguraba para su autor, Enrique, una nueva existencia.

Otra vez veíase casi rico, con dinero bastante para hacer una vida fastuosa. Desgraciadamente para él la sangre, fresca aún en la hoja de su navaja, procuraba extraña sensación de placer á su corazón de tigre, acorazándolo al mismo tiempo contra todo sentimiento de humanidad y de ternura.

No obstante su momentáneo bienestar pensaba constantemente en su antiguo hogar de Córcega, en aquella posada á la que se proponía volver, sin que hubiera fuerza humana capaz de impedirselo, para llegar en fin hasta el tesoro mágico por él entrevisto en su infancia, que había ya casi tocado por dos veces, aunque sin lograr acercarse á él en ninguna de ambas ocasiones.

Decíase Enrique que los tesoros contenidos en los subterráneos de Sarténe, eran en cierto modo una fortuna á la que él tenía derecho, por lo cual apoderarse de ella debía constituir su principal objetivo. Cierto que por el momento tenía dinero, el robado en casa de su última víctima.

Pero ese dinero lo consideraba sólo como un hueso que se entretendría en roer esperando que llegase la hora del verdadero festín, de la vida orgiástica que debía procurarle el tesoro oculto entre los muros de su casa de Córcega.

Dominado por la impaciencia, decidióse en fin á fletar por segunda vez el vaporcito que ya en otra ocasión le fuera de gran utilidad para una expedición por el estilo, y al anoecer de un día de invierno desembarcó calladamente al abrigo de la punta de Campo-More.

Pero esta vez no pisaba solo el suelo de su tierra natal. La experiencia de su primera tentativa habíale demostrado la insuficiencia de sus medios de acción, y por eso, y creyendo además tener bastante autoridad sobre sus hermanos para poder servirse de ellos incondicionalmente, aun en presencia de todo el oro de la tierra amontonado, había exigido de los mismos que desembarcaran con él, no obstante el terror que á ambos

seguía inspirando la posibilidad de un encuentro con los gendarmes.

Los tres hombres hicieron el camino desde el mar hasta los arrabales de Sarténe, sin cambiar siquiera una palabra.

El aire rudo de la patria hinchaba los pechos de Constante y de Francisco, y ambos enternecíanse recordando á los dos viejos que se quedaron tan solos, años antes, en la posada-carnicería; á los dos ancianos cuyos ojos habíanse cerrado para siempre en la soledad, siendo así que eran ellos, sus hijos, los llamados á cerrarlos.

Menos tristes, menos íntimas eran las reflexiones que se hacía Enrique sin abandonar su marcha sostenida. Complaciase en considerar las consecuencias del descubrimiento — que consideraba inminente, — del tesoro, y pensaba en los medios de que habría de valerse para ponerlo después en seguridad.

Como lo hicieran otra noche, muchos años antes, los tres hermanos se deslizaban silenciosamente entre las sombras del camino, sin que el eco de sus pasos pudiera llegar á oído alguno, por llevárselo lejos, muy lejos, el temible mistral que soplabá con violencia. Más aún que hombres parecían fantasmas arrancados por la tempestad de sus moradas tranquilas y sombrías.

Comenzaba el disco lunar á mostrarse sobre las crestas de las montañas vecinas cuando llegaron á la vista de la casa en que discurriera su infancia.

Abrió Enrique la puerta, que le pareció hallarse en el mismo estado en que él la dejara al dar por terminada su anterior visita, y los tres penetraron en la antigua sala de posada cuyo pobre mobiliario, siempre en su sitio, evocaba de nuevo en ellos lejanos recuerdos.

— Enciende la linterna, Francisco, — ordenó Enrique, después de atrancar la puerta sirviéndose para ello de la enorme y maciza mesa de roble. — Tú, Constante, suelta hebra, pero prontito, que el tiempo vuela.

Así diciendo, preparaba el joven el azadón de que se había provisto, mientras que sus hermanos, obedientes, ejecutaban sus órdenes, desarrollando uno de ellos la cuerda de cáñamo alquitranado que se arrollara al cuerpo á modo de cinturón y encendiendo el otro la mecha de

un farol de á bordo, que el jefe de la expedición puso en sus manos antes de comenzar esta última, seguro de que habría de serle de gran utilidad.

Cuando la llama del farol alumbró el interior de la posada al mismo tiempo que el semblante alterado de los dos Bozzo, Enrique les habló en estos términos :

— Hermanos, sea lo que quiera lo que aquí veáis esta noche, habéis de prometerme no extrañaros de nada. Nunca ahora he necesitado de vuestra confianza más omnimoda. Lo que voy á enseñaros me pertenece, y no por casualidad, sino por derecho hereditario.

Señalando con el índice á la plancha de hierro que formaba el fondo de la chimenea y á la que parecía servir de marco la brecha abierta en el ladrillo por el pico de Enrique durante la noche de su primera visita, continuó diciendo :

— Detrás de esa plancha está el tesoro de Fra-Diavolo, mi abuelo ; hace mucho tiempo que lo sé. Papá Bozzo era el guardián de ese tesoro y me lo hizo visitar cuando yo era aún un niño. Claro es que hubiera podido tomarlo todo, ó parte por lo menos, la primera vez que salimos de aquí ; pero entonces éramos unas criaturas sin experiencia del mundo ni de la vida y hubiera sido muy imprudente dar los primeros pasos en la existencia con esa fortuna á cuestas. Ahora es otra cosa : ha pasado el tiempo del duro aprendizaje y llega la hora de que gocemos en paz. He escogido pues esta noche para tomar un poco de dinero á cuenta de la caja archireal de mi antepasado. Repito que ese tesoro me pertenece en absoluto ; sin embargo, como habéis asociado á la mía vuestra existencia y como no tengo la menor queja de vuestra fidelidad, he decidido, cumpliendo de este modo los deseos de mamá Bozzo, que seáis ricos, lo mismo que yo. Pero con una condición : la de que hagáis siempre mi voluntad, permaneciendo, como lo habéis hecho hasta hoy, en la sombra, ejecutando mis órdenes sin discutir las, de un modo mecánico, sin preocuparos de las razones que pueda tener para dáros las, sin meteros en averiguaciones acerca de sus consecuencias. Conque vamos á ver ; ¿ estáis dispuestos á sacrificarme para siempre vuestro libre albedrío ?

Los dos Bozzo se miraron con ansiedad.

Enrique no tenía la costumbre de consultarles acerca de su manera de ser, procediendo generalmente sin el menor miramiento. La consulta que en aquel momento les hacía era una perturbación en su vida de seres pasivos y sin voluntad, y á más de esto, la ocasión y el lugar escogidos para hacerla se les antojaba por todo extremo imponentes, siendo todo ello causa de la emoción que en aquel momento sentían.

Sin embargo, contestaron casi simultáneamente :

— ¿ Por qué no ?

Esta respuesta hubo de parecer á Enrique satisfactoria, puesto que juzgó inútil insistir en sus preguntas.

— Levanta el farol, Francisco ; — ordenó con tono brusco.

Con el azadón levantado adelantóse enseguida bajo la campana de la chimenea, y duplicada la fuerza de su brazo por su pasión imperiosa del oro, descargó un golpe, uno solo, que fué bastante para abrir un boquete en el muro, ya trabajado, del hogar.

El resultado de su esfuerzo muscular fué aún más considerable de lo que él mismo se atreviera á esperar.

La plancha de hierro, desprendida violentamente, permaneció un momento en equilibrio al borde del hogar, oscilando luego breves instantes.

— ¡ Cuidado ! — gritó Constante apoyando el pie en la plancha que se inclinaba hacia el interior de la sala.

— ¡ Desgraciado, no la toques ! — quiso decir á su vez Enrique. Pero su voz imperativa resonó demasiado tarde. Bajo la ligera presión del pie de Constante la plancha de hierro cambió de dirección y arrastrada por su propio peso acababa de desaparecer del otro lado del muro, después de chocar, rompiéndola, con una piedra que debía servirle de sostén.

Hubo un instante de silencio, seguido de un calofrío de horror que sacudió los miembros todos de los dos hermanos.

Acababan en efecto de oír un ruido espantoso á gran profundidad, y una nube de polvo, subiendo hacia la boca del abismo que quedara abierto, habíalos cegado, sin que pudieran evitarlo.

La plancha de hierro había arrastrado tras ella al caer la escalerilla que ponía en comunicación la chimenea de la sala-posada con las galerías subterráneas, y ambas fueron á estrellarse sobre el pavimento enlosado de la iglesia, con ruido formidable, repercutido en el acto por las bóvedas altísimas.

Cuando cayó un poco el polvo, Enrique se asomó por la abertura.

— ¡Torpe, más que torpe! — dijo con dureza dirigiéndose á Constante. — ¿Cómo vamos ahora á tapar este hueco enorme, dí? Y para bajar al subterráneo, ¿cómo me arreglo, si ha desaparecido la escalera?

— ¿Pero es que pretendes bajar á esas tinieblas? — se atrevió á preguntar Francisco, quien á su vez habíase inclinado al borde del obscuro abismo.

— ¡Como que no he venido más que para eso!

Dicho esto, sacó Enrique de sus bolsillos una pelota de bramante alquitranado, y añadió enseguida:

— La empresa no me parece difícil ni peligrosa. Constante tendrá la cuerda de la que me serviré para bajar, mientras que tú, con este bramante irás dejando caer el farol para que alumbré mi descenso.

Escuchad bien mis recomendaciones.

Cuando yo llegue al fondo del subterráneo Francisco atará su bramante de modo que el farol quede á la altura á la que yo lo deje, y enseguida tomaréis los dos la cuerda para subir entre ambos los tres sacos, á medida que yo los haya llenado. ¿Estamos?

Dadas estas sus últimas instrucciones el hijo natural de Sabielo comenzó su peligrosa maniobra para llegar al subterráneo.

La llama tímida del farol, lejos de combatir la obscuridad parecía por el contrario aumentar el espesor de las tinieblas; y aquel abismo al parecer insondable, en medio al cual se balanceaba un hombre á quien su amor al oro daba una extraordinaria sangre fría, tenía algo de terriblemente siniestro.

Posible es que Enrique, en aquel momento, al hallarse cerca de algo por él muy deseado, experimentase una violenta emoción; en todo caso su emoción no se relacionaba en nada con el miedo.

Al cabo de algunos minutos, tocó con los pies el suelo de la Iglesia.

Encendió en el farol una bujía y fuese derecho hacia el altar, bastante sorprendido al hacerse cargo de que no pisaba lingotes de oro ni piedras preciosas... Y sin embargo, parecía recordar que en aquel sitio se hallaban en otro tiempo acumuladas riquezas incalculables.

— ¡Será más lejos! — pensó, mientras una secreta ansiedad se apoderaba de su ánimo.

Iba ya á franquear la puerta abovedada que conducía á los claustros, cuando se detuvo un momento. Parecía oír un ruido sordo y lejano, como el que produciría una piqueta al chocar contra la piedra.

Con rápido movimiento sacó el plano de los subterráneos, acercó á él la vela, lo consultó con ansiedad y sus labios se crisparon mientras murmuraba:

— Ese ruido viene de ahí... del lado de la granja de Sabielo... ¡Ah, si yo pudiera apoderarme de mi ladrón!...

¡Su ladrón!

Sin duda había perdido ya la esperanza de ser él el que robara.

— ¡Esperad ahí! — gritó á sus hermanos. — ¡Vuelvo enseguida!

Dichas palabras fueron repercutidas por el eco en las altas bóvedas, llevando el temor al ánimo de los dos Bozzo.

Mientras tanto, Enrique, que no se había engañado por lo que respecta al ruido sordo que oyera poco antes, avanzaba por el claustro, escuchando siempre, más perceptible á cada instante, el mismo ruido misterioso. Llegado á la entrada del túnel que conducía á la cámara cuadrada encima de la cual levantábase la casita en que había muerto Sabielo, hubiera jurado el joven que la incógnita piqueta atacaba la roca á pocos centímetros de su oído, de tal modo resultaban claros y perceptibles los golpes gracias al tubo acústico natural constituido por las galerías subterráneas.

Enrique conocía este fenómeno; lo analizó un momento, y calculando que el trabajador ó los trabajadores nocturnos debían hallarse á gran distancia, entró resuel-

tamente en el túnel con el propósito de no detenerse hasta sorprender á los ladrones del tesoro.

La llama de su bujía alumbraba bien poco y aun amenazaba en ciertos momentos con extinguirse; pero esto no era obstáculo que pudiese detener á Enrique, quien hubiera continuado su marcha á obscuras en caso de necesidad; de tal modo se hallaba decidido á enterarse de lo que deseaba saber.

Sin cuidarse pues de las asperezas graníticas que desgarraban sus vestidos, y aun á veces la piel de su cuerpo, continuó andando, y la rapidez de su marcha aumentaba de segundo en segundo.

— ¡Míos son! — decía acariciando con la mano derecha el arma homicida que no dejaba nunca. — ¡Míos son! Sean los que fueren, he de exterminarlos todos, hasta el último; y que venga quien quiera á buscarlos en esta tumba.

La idea de que iba á encontrarse cara á cara con los raptores del tesoro le exasperaba hasta tal punto, que le parecía como si un velo rojo cubriese su vista.

Diez minutos llevaba andando, cuando el ruido cesó de pronto.

No sólo no detuvo su marcha Enrique, sino que, al contrario, quiso correr.

— Esos cobardes serían capaces de escapar... — pensaba.

Bruscamente, cuando menos lo esperaba, el camino se ensanchó ante él.

Iba á arrojar la bujía, ya inútil, porque en una de las paredes del subterráneo en que acababa de entrar Enrique ardía clavada en la pared una antorcha de resina, cuando se sintió detenido bruscamente en su marcha, y arrojado enseguida al suelo, mientras que una vivísima claridad le deslumbraba y que un estrépito horrísono, semejante al simultáneo retumbar de cien cañonazos, estuvo á punto de dejarle sordo.

La antorcha de resina acababa de apagarse.

Por una verdadera casualidad, un milagro sin duda, el hermano de leche de los Bozzo no estaba herido; pero la terrible explosión á la que acababa de asistir sin saberlo, y á cuyos efectos escapara sin darse de ello

cuenta, había conmovido todo su sistema nervioso.

Sin embargo, no perdió el conocimiento.

Permanecía acostado, en la misma posición en que su buena estrella le hiciera caer, adolorido el cuerpo y los músculos en tensión, incapaz en absoluto de explicarse lo que acababa de ocurrir, tanto más cuanto que la obscuridad en el subterráneo era completa. Por eso sin duda toda su atención hubo de concentrarse en un nuevo ruido, regular y violento, que comenzara al producirse la explosión, y la naturaleza del cual trataba en vano de penetrar Enrique.

— Parece el ruido de una cascada, — dijo de pronto acometido de terror naciente: — sí, sí, es una inundación... ¡y en esta cueva!

Creyó llegada su última hora.

Quiso levantarse, pero sus miembros se negaron á todo movimiento.

— ¡Maldita argelina! — rugió. — ¡Se venga porque estoy bajo su casa!... El agua se acerca... ¡Es un torrente!... ¿De que sirve aquí el saber nadar?... El agua me estrellará contra la bóveda, de seguro, y me ahogará sin remedio... ¡Condenación!

Una oleada de agua espumosa ahogó la blasfemia en su garganta.

La tromba acababa de levantar su cuerpo y no obstante los inauditos esfuerzos que hacía él para resistir, sintióse de pronto arrastrado á lo largo de la estrecha galería con velocidad sólo comparable á la de un huracán tempestuoso.

¿Qué pasaba en tanto en la sala de la posada-carnicería? Inclinados ante la boca del agujero, en el fondo del hogar de la chimenea, Constante y Francisco tenían aún entre sus manos el uno la cuerda destinada á subir los sacos de oro, y el otro el bramante al extremo del cual pendía el farol de á bordo. Más de un cuarto de hora llevaban esperando ansiosos, y el prolongado silencio comenzaba ya á alarmarles, cuando se dejó oír el ruido de la explosión haciendo estremecer los muros de la casa.

El espanto, el horror de lo desconocido, heló la sangre en las venas de los dos Bozzo.

¿Habría sido víctima Enrique, de algún terrible accidente?

¿Habríase hundido tal vez sobre él la bóveda de los subterráneos, enterrándole entre sus escombros?

Ni el uno ni el otro se atrevían á contestar á tan inquietantes preguntas, y asomados á la abertura, interrogaban ambos la obscuridad imprimiendo al farol un movimiento oscilatorio que les permitía explorar más ancho espacio.

— ¡El subterráneo está inundado! — gritó de pronto Francisco. — ¡Mira, mira!...

Su índice señalaba un boquete más sombrío por el que surgía bramando un verdadero torrente cuyas aguas espumosas, después de invadir la nave en pocos segundos, iban subiendo, subiendo con rapidez inconcebible.

La subida de las aguas fué sin embargo tan brusca como de corta duración. De pronto Constante lanzó un grito señalando al mismo tiempo un cuerpo que flotaba en la superficie del líquido estancado, tranquilo ya, como las aguas de un pozo.

— ¡Enrique!

Era en efecto el de Enrique el cuerpo flotante. Por una casualidad inverosímil escapaba una vez más á la muerte. El agua, con su impulso torrencial, habiálo arrastrado con tal rapidez fuera de las galerías abovedadas, que pudo llegar casi al aire libre sano y salvo, aunque ligeramente desvanecido.

Salvado por sus hermanos, ganó con ellos la orilla del mar antes de que amaneciese, y poco después se alejaba para siempre de su tierra natal, enfermo y más que nunca furioso contra la humanidad.

Entonces vertió lágrimas candentes por la destrucción de sus esperanzas de riqueza; maldijo á sus padrinos los Bozzo; maldijo, aún con mayor energía, á su propia madre, y de nuevo juró odio á muerte al sexo á que pertenecía la que le diera la existencia.

Pensando en el tesoro, decíase que había sido sin duda trasladado de sitio; pero no podía explicarse la explosión, ni la tromba de agua; y su cerebro enfermo, dispuesto á admitir que los muertos pueden vengarse de los vivos, atribuía ambos accidentes á la mujer, su ángel

malo, personificado indudablemente en aquella circunstancia por la implacable Malaquea.

La explicación del fenómeno era sin embargo muy sencilla. El autor de aquel cataclismo era el viejo Akmet, quien no tenía por cierto á su disposición el poder de los elementos.

Aquellas famosas cajas de botellas de agua del Tavaría que decía exportar para combatir los reumatismos producidos por las brumas del Támesis, no eran más que parcelas del tesoro, cuidadosamente embalado en dobles recipientes, conteniendo una capa de arena entre uno y otro para amortiguar el ruido que pudiera producir el metal, revelando de este modo un secreto que debía permanecer bien ignorado.

Durante ocho meses Akmet no se ocupó en otra cosa que en trasladar, cambiar y colocar en las grandes capitales europeas, el tesoro de las dos huérfanas.

El día de su postrera visita, que coincidió con la de Enrique, ya no quedaba nada en el subterráneo de lo que constituyera un tiempo su alma de oro. Pero el viejo Akmet hubo de pensar que no era conveniente dejar rastros del continente, ya que había desaparecido el contenido, y resuelto á destruir el subterráneo se procuró un cartucho de dinamina que él mismo hubo de colocar en uno de los muros de la bóveda.

El era pues el que daba los golpes de pico que oyera Enrique, y el que prendió fuego á la mecha que hizo estallar el cartucho, provocando la entrada tumultuosa de las aguas del Tavaría en las galerías subterráneas.

La estratagema de Akmet tuvo en realidad más éxito del que él mismo se prometía, pues que estuvo á punto de ocasionar la muerte del asesino de Malaquea.

Realizado este último acto de elemental prudencia hubo de pensar el ex-jardinero que la puerta secreta norte resultaba ya de todo punto inútil; y he ahí porqué se decidió á desempotrar y á llevarse á Paris el mueble turco, casi seguro de que aquel antiguo é interesante recuerdo podría serle de alguna utilidad, más tarde ó más temprano.

Por lo que respecta á Enrique, como el aire de Francia resultaba para él malsano á consecuencia de su

último crimen, dirigió sus pasos hacia la India; tuvo allí un duelo con un gentilhombre mexicano llamado Corpo-Santo, de cuyos papeles se apropió, y ya sabemos, por la relación hecha por el doctor A..., que fué más tarde capitán de los Cristal Daggers en la bahía de Manaar.

Cuando regresó á Francia era ya otro hombre, y se hallaba seguro de no ser reconocido. Por los papeles por él robados en la casa de Bretaña á la desdichada baronesa de Eparville, vino en conocimiento de que una hermana de esta, la vizcondesa de Aubinesco vivía en París, y á ella se presentó enseguida como rico pariente de América, y además como candidato á la mano de su hermosa sobrina.

Sabido es de qué manera supo Enrique captarse la confianza de la buena señora, que se perecía por los relatos de aventuras. ¿Cómo, con semejante defecto, no había de caer incauta en las redes hábilmente tendidas por narrador tan elocuente como el famoso conde de Corpo-Santo, el interesante é intrépido viajero?

No él precisamente, sino cualquier intrigantuelo habría encontrado excelente acogida en la morada de la noble señora, con tal de hallarse dotado de palabra fácil, de imaginación fértil y del necesario aplomo para ensartar, sin inmutarse, las mentiras menos aceptables y las más inverosímiles hipótesis.

Y fué así cómo el monstruoso matrimonio entre Yvona y el hijo natural de Sabielo, asesino de la madre de su futura, quedó acordado en la intimidad primero, y anunciado después oficialmente, colaborando en esta obra inverosímil la audacia inconcebible de Enrique por una parte, y por otra la imprudente confianza en él depositada por la cándida vizcondesa de Aubinesco.

IX

ASALTO DE ARMAS

En la Avenida del Bosque de Bolonia, donde son numerosos los soberbios inmuebles y las casas particulares de gran lujo, se alza, entre las calles Leroux y Pergolese, un palacio principesco cuya blanca fachada se distingue de lejos resaltando en el fondo verde-oscuro de los bosquecillos allí plantados en honor de la emperatriz.

Doce balcones, encuadrados por motivos arquitectónicos del mejor gusto, abren sobre una balaustrada de hierro forjado, verdadera obra de arte, y dan risueño aspecto á la rica fachada, que completan cuatro columnas de jaspe sosteniendo una marquesina, de las que el hábil cincel de Marcelo Rouilliére, el arquitecto de moda, hubo de hacer verdaderas maravillas del arte compuesto.

Dicho palacio era propiedad del marqués Trogoff de Kerbiroet. Bastaba con ver el espacio que ocupaba, en un sitio donde el precio que alcanzan los terrenos es verdaderamente elevadísimo, para deducir que el propietario de aquella suntuosa morada, tan suntuosa como improductiva, debía ser fabulosamente rico.

A la misma hora, minuto más ó menos, en que el viejo gentilhombre bretón hacía su entrada en los salones de la vizcondesa de Aubinesco, acompañado de